

LA SANGRE Y LOS CUCHILLOS

HISTORIAS DEL MATADERO FRANKLIN

Simón Soto

Última noche

1

El Ford *coupé* lleva veinte minutos de marcha ininterrumpida, pero Natalia ya sabe que no la están llevando a casa. A través del espejo retrovisor, los ojos del Loco Placencia y Venancio González se posan sobre ella, con más o menos disimulo, ambas miradas moviéndose hacia lo que esconde el camino, iluminado por los focos del auto nada más, hacia lo oscuro, espeso en su opacidad, también hacia las tierras solitarias que abrazan Iquique.

El Loco Placencia, con su mano izquierda fija en el volante, lleva la derecha hacia el bolsillo de su camisa desde donde saca un cigarro de una cajetilla Caballo Salvaje, los tabacos mexicanos que la propia Natalia gestionó para internarlos a Chile tras su viaje a Guadalajara, donde selló el acuerdo con los veteranos de la revolución que pelearon bajo las órdenes de Pancho Villa.

No hay palabras porque todos los tripulantes del vehículo han comprendido —ella ya lo ha hecho, casi por necesidad— que el Loco y Venancio van a ser los encargados, los artífices de todo lo que ocurrirá en el futuro inmediato. Natalia observa el resplandor de la llama, la chispa y luego

la lumbre rojiza provocada por el fuego y por la succión que el Loco realiza del tabaco y el humo.

Los ojos del Loco se desdibujan tras la bocanada; sin embargo, el aire marino que entra por la ventana dispersa el vapor gris del tabaco. Placencia fuma y expulsa otras volutas, sin despegar en ningún momento el filtro de sus labios ni las manos del volante. Al ver al Loco fumar, Natalia siente enormes deseos. En otras circunstancias habría preferido esperar, pero algo la empuja a pedirle a Placencia un Caballo Salvaje.

—Guillermo —dice Natalia—, ¿me das un cigarro, por favor? No tengo, no sé dónde quedaron los míos.

El Loco no responde. Venancio tampoco. El Loco la observa a través del retrovisor y se lleva otra vez la mano a la cajetilla del bolsillo. Saca un cigarro y se lo entrega a Natalia, a continuación le pasa la cajita de fósforos.

Gracias —dice Natalia, pero nuevamente nadie en el auto responde.

2

Hace siete años que conozco a Torcuato Cisternas, dijo Paolo Siffredi, de pie, emocionado frente a los casi ochenta invitados que se reunieron en el restorán Manolito, propiedad de Siffredi, quien organizó la cena de despedida para su amigo y socio antes de su partida a Santiago.

Pero no debería decir “conozco” a Torcuato, sino “soy su amigo”, continuó diciendo Siffredi, entornando sus ojos de roedor, brillantes tras las gafas ópticas de marco metálico y redondo. No sé si Torcuato Cisternas me considera su amigo, pero yo sí a él, dijo Paolo. La amistad con mi querido Torcuato, perdóname amigo mío por este arranque de sinceridad, se fundó apenas nos vimos y nos dimos las manos, estrechándolas en un saludo afectuoso que sigue irradiando su energía positiva hasta hoy. Para ninguno de ustedes es desconocido que yo, hace siete años, tenía algunos problemas y cargaba con una deuda con doña Mafalda Perucca y sus hijos, todos ellos gente de mal vivir. Doña Mafalda me había extorsionado a través del cobro de intereses usureros, por un préstamo que me había hecho para que yo pudiera mantener a flote mi panadería, Panadería Siffredi, abierta

por mi abuelo, Dino Siffredi, a comienzos de siglo, y que sigue proveyendo el pan de receta siciliana a todos ustedes.

¿A qué se dedicaba Mafalda Perucca, quien conoció a mi abuelo y que además recibió muchas veces la ayuda del viejo? En lugar de alimentar a los vecinos iquiqueños, en lugar de ofrecerles cualquier otro servicio honorable para la vida y el bienestar, Mafalda Perucca era dueña de una quinta de recreo, de lenocinios, de bares de mala muerte. Nosotros, los hombres cristianos y chilenos que habitamos esta parte del mundo, no nos vamos a hacer los huevones: poseemos inclinación al vicio.

Los presentes, liderados por el propio Torcuato Cisternas, rieron a carcajadas con el comentario de Siffredi.

A todo hombre que se precie de tal, continuó, le gustan las mujeres, el juego, la buena mesa y la bebida. Yo no soy la excepción. ¿Qué más debería revelarles, mis queridos amigos? Pienso que es sano entregarse, si el resto de los ámbitos vitales están en orden, a los vicios. ¡Es sano, incluso, para aliviar el espíritu!, dijo convencido Siffredi, dueño —gracias a su actitud y desplante— del ánimo que agitaba esa noche el salón principal del restorán.

Un hombre puede también hacer usufructo del vicio de los otros, del placer que provoca en el resto de los hombres la saciedad de los bajos apetitos humanos. ¿Para qué, de nuevo quiero preguntarles, vamos a obviar lo evidente, lo que todos sabemos? Este servidor llamado Paolo Siffredi ha probado placeres ilícitos y posee ingresos que provienen de aquellos placeres. No importa, está bien, incluso gracias a mi capital he podido ayudar a mis amigos que han querido iniciarse en este negocio, en este u otro similar.

La señora Perucca, sin embargo, no deseaba solo ganar dinero sino también someter a sus clientes y aplastar a sus colegas. Así funcionaba esta mujer y de esta manera siniestra se manejaban también sus cinco hijos, cuál más agresivo, cuál más retorcido, cuál más bruto. Querido Torcuato, tal vez estoy hablando más de la cuenta, y tú, hombre discreto y sobrio, consideras que cometo una indiscreción, pero el whisky, el vino y el aguardiente consumidos me han soltado la lengua, y pienso que hoy, para tu despedida oficial de Iquique, es cuando debe hablarse con ejemplos de tu valía y no solo de manera general, en el aire, como suelen hacerse estas cosas, dijo Siffredi tras hacer una pequeña, ínfima pausa. Toda tu grandeza, amigo mío, crece por un factor importante, determinante, debería decir, Torcuato: tú no nos conocías, y además, Mafalda Perucca se informó sobre ti, entendía quién eras, de dónde venías, qué habías hecho en Argentina. Tiempo después, amigo mío, me confidenciabas que Mafalda Perucca, en compañía de sus hijos, te había visitado para ofrecerte una alianza de negocios, propuesta que dejaste en suspenso. Lo que pretendía Mafalda era sacarnos del camino, y contar con tu protección con el fin de ampliar su negocio en Iquique.

Mafalda quería extender su dominio sobre todos los rubros posibles, pero sabía que tú eras más poderoso que ella, y que tendría que contar con tu respaldo para aplastarnos. Pero eso no sucedió, mi querido Torcuato. Lo que sucedió fue que tú visitaste a cada uno de los comerciantes de la zona. Querías entender cómo estábamos y qué necesitábamos. Te acercaste como un benefactor y no como un opresor. Todo esto llegó a oídos de Mafalda Perucca, quien por

supuesto no iba a entrar en conflicto abierto contigo, pero sin duda buscaría otras formas de lucha y resistencia.

Amigos presentes esta noche, lo que pienso que debió haber hecho Torcuato Cisternas fue hacerse a un lado o unir fuerzas con la familia Perucca. La inteligencia y el olfato de mi amigo, ustedes que lo conocen tanto como yo comprenden mis palabras, lo hicieron tomar el camino menos evidente, el menos cómodo para él y los suyos. Cuando los Perucca vinieron a tomar posesión de mi panadería, yo solucioné el pago de la deuda gracias a un nuevo préstamo, esta vez de Torcuato. No fui el único. Otros comercios, que antes habían pagado tributo con dinero y especies a los Perucca, también pudieron saldar sus deudas. La sorpresa dejó a nuestros enemigos pasmados. La irrupción de Torcuato en Iquique y las sociedades comerciales que estableció con nosotros, comenzaron a rendir frutos. ¿Recuerdas esa primera temporada fecunda, amigo mío?, le preguntó Paolo Siffredi a Torcuato Cisternas, y este esbozó una sonrisa que el resto de la concurrencia observó en silencio, testigos todos de la amistad y la complicidad entre el celebrado y Paolo.

Con el respaldo financiero que tantos de los que estamos aquí recibimos de Torcuato, no solo pudimos sacarnos de encima el lastre injusto que representaba en nuestras vidas la familia Perucca, sino también hacer prósperas nuestras fuentes de trabajo. Yo sé, Torcuato, mi querido amigo, que no gustas de las loas, que eres un hombre con mucha dignidad, por eso te molesta cuando te transformas en el centro de atención, pero ahora es necesario y urgente mencionar todo esto, hoy, aquí, a escasos días de tu partida a Santiago.

Perdonen que me pierda y me vaya por estos caminos de palabras lejanos; ustedes me conocen y saben que soy

de verbo fácil, gusto de abrir la boca y contarles cosas a mis amigos, a mis invitados, a mis clientes. No me perderé otra vez e iré directo a los hechos de los que formó parte esencial nuestro amigo Torcuato, y que pudieron evitarse.

Doña Mafalda Perucca, durante una noche invernal generosa en viento y polvaredas, irrumpió en nuestros negocios vacíos y vandalizó mercancías, productos, muebles e incluso asesinó a tiros a los perros de don Ismael Lara, quien tenía a los animales en el patio de su tienda y taller de joyas.

No fue doña Mafalda sola sino sus hijos, actuando en representación de ella y en compañía de peones, gañanes y empleados de sus negocios. La agresión fue hacia nosotros, pero Torcuato supo interpretarla como una afrenta personal. Se reunió con todos y puso a disposición a sus hombres para visitar a Mafalda en su quinta de recreo, más allá del límite oriente de Iquique, hacia los cerros.

Sabíamos que ella iba a esperar una represalia y que estaría preparada para recibirnos. Nosotros, con Torcuato y Placencia, aquí esta noche, y también con la compañía de don Venancio González, comenzamos a prepararnos para responder. Algunos pensaron en parlamentar, pero Torcuato nos dijo que los actos de la mujer no tenían perdón de Dios, no teníamos por qué exculparla nosotros. No pedían diálogo sino beligerancia.

Junto a mi amigo Torcuato, entramos a caballo a la quinta de recreo de los Perucca y cargamos contra todo y contra todos para cobrarnos venganza y también para asegurar el futuro y el pan de nuestras familias y de los comerciantes del barrio.

Creo que lo que acabo de narrarles es la mayor prueba de las virtudes y la altura humana de Torcuato Cisternas. Más que mencionar su carácter, su generosidad, su lealtad y su condición de amigo, todas cualidades suyas.

Te deseo, amigo de mi corazón, la mayor de las fortunas en la capital. Todo lo que has sembrado aquí en Iquique seguirá dando frutos y reportándote ganancias, amigo, aunque te vamos a extrañar y esperamos felices y ansiosos tus visitas, dijo Paolo Siffredi, y los presentes aplaudieron mientras Torcuato Cisternas abrazaba con emoción a Paolo.

3

Lo que no dijo Paolo Siffredi esa noche, durante la despedida de Torcuato Cisternas, fue que los negocios habían crecido, pero pertenecían —en un ochenta, y en algunos casos en un noventa por ciento— a Torcuato, y que la usura de Mafalda Perucca era menos amable en sus formas, aunque más justa hacia la economía privada de los comerciantes.

Tampoco hubo mención, por parte de Siffredi, sobre su actuar la noche del ataque a la quinta de recreo. No dijo que él no se fue contra los hijos y empleados de Mafalda, tampoco supo referirse a su ingreso a la propiedad de los Perucca, una vez que el perímetro estaba asegurado, para ultimar a los heridos y asesinar por la espalda a quienes habían conseguido escapar con vida del ataque.

Paolo Siffredi omitió, por último, que fue él quien encontró escondida, en el cuarto de las provisiones, a Mafalda Perucca, y tras dejarla inconsciente con un golpe de puño al mentón, procedió a amarrarla y torturarla cercenando, uno por uno, los dedos de las manos, hasta que no pudieron seguir llamándose manos, por la incapacidad de distinguir cada parte en la suma de sustancias y texturas.

Chongos, dijo Siffredi frente a Mafalda Perucca, mira tus chongos, mierda, a ver cómo nos vas a robar con chongos en lugar de manos, vieja conchadetumadre.

Antes de matarla, Siffredi le arrancó la lengua usando unas pinzas para mover las brasas y le realizó cortes profundos en la piel del rostro.

Paolo Siffredi pudo disponer de Mafalda Perucca porque los hombres de Torcuato salieron tras los pasos de los sobrevivientes de la familia Perucca: Enzo y Gonzalo.